

**Michel Husson**

## Europa : ¿ Hacia un thatcherismo continental ?<sup>1</sup>

La ofensiva neoliberal en Francia y en Alemania, la ausencia de actitud unificada sobre la guerra en Irak, el proyecto de Constitución, la recesión económica: estos son los grandes parámetros de una situación compleja e incierta, que combinan los factores de crisis y la necesidad de la burguesía de profundizar su ofensiva contra el estado social.

### De la calma momentánea a la recesión

Entre 1997 y 2001, se crearon 10 millones de empleos en los países de la Unión Europea (+ 6,5%), de los cuales 6 millones fueron ocupados por mujeres, mientras que el número de desocupados bajaba 4 millones de personas . Este resultado podría aparecer como la validación de la estrategia europea de unificación: finalmente, los esfuerzos de saneamiento consentidos para satisfacer los criterios de Maastricht para la colocación del euro no habrían sido inútiles. Las promesas del euro finalmente se habrían cumplido, ya que su creación habría permitido acceder a un mejor crecimiento y conocer una verdadera calma momentánea. En el caso francés, la apuesta hecha por Jospin en Amsterdam, algunas semanas antes de su acceso al poder, se habría logrado: efectivamente, era posible combinar el euro a la moda de Maastricht y una política económica más favorable para el empleo.

Curiosamente, nadie mantiene este lenguaje triunfalista. Incluso la Comisión no se arriesga y reconoce que: “es indiscutiblemente difícil determinar qué parte del mejoramiento global de los resultados en materia de empleo en la Unión en el curso de los cinco últimos años es atribuible a la adopción de la EEE (Estrategia Europea para el Empleo), y qué parte se debe al mejoramiento de la situación económica”. ¿Por qué tanta modestia? La razón más sencilla es que el viraje coyuntural ha venido a barrer eventuales ilusiones: el inflado del crecimiento ha recaído en el conjunto de la Unión (gráfico 1). Alemania flirtea con la recesión, y la economía francesa se desacelera claramente (cuadro 1)

### Cuadro 1. Crecimiento del PBI en %

	2002	2003
Alemania	0,2	0,6
Francia	1,2	0,8
Italia	0,4	0,8
España	2,0	1,6
Reino Unido	1,8	1,9
Unión Europea	1,0	1,1
Estados Unidos	2,4	2,1
Japón	0,3	1,1

Fuente: OFCE

Pero, incluso antes de esta desmentida, los resultados escapaban en gran parte a una lectura ortodoxa. La reactivación no se basó principalmente en un mejoramiento de la competitividad obtenida gracias a la moderación salarial. Por el contrario, se explica por el rol dinámico del mercado interno, que resulta de varios elementos venidos en gran parte del exterior. Así, la devaluación de hecho de las monedas europeas en relación con un dólar en alza ha dado en 1997 un efecto estimulante a las exportaciones europeas; luego la disminución de la inflación condujo a una progresión del poder adquisitivo; finalmente, la creación de empleos contribuyó, a su vez, a mantener esta demanda. Una flexibilidad de la disciplina presupuestaria permitió no poner trabas a esta reactivación.

<sup>1</sup> « Europe : vers un thatchérisme continental ? », *Inprecor* n°484, août 2003. Traducción de Rossana Cortez <http://www.ft.org.ar/>

Más bien que por una aplicación sistemática de las recetas neoliberales, la creación de 10 millones de empleos entre 1997 y 2001 resulta de un relajamiento de las obligaciones monetarias, financieras y presupuestarias que pesan sobre la demanda. La calma momentánea coincidió con una estabilización de la parte salarial, y fue acompañada por un freno en la precarización: es la demostración que se pueden crear empleos de otra manera que congelando los salarios y “flexibilizando” el mercado de trabajo. Otra indicación: los países que más empleos crearon tampoco son los que mejor aplicaron las reformas del mercado de trabajo, sino los que se beneficiaron con una reactivación del crecimiento más marcada.

Pero la calma momentánea no sería más que un paréntesis, porque los factores favorables viraron: el dólar comienza a bajar, y la austeridad salarial y presupuestaria retoma poco a poco todos sus derechos. Las autoridades europeas no ven, o parecen no ver, que el viraje coyuntural es el producto de sus propias políticas. La Comisión Europea habla de una “desaceleración inesperada” y confiesa su decepción: “los resultados económicos de 2001 no estuvieron a la altura de lo esperado. Hace un año, las condiciones en la zona euro parecían propicias para el mantenimiento de un crecimiento económico robusto. El dinamismo de la demanda interna, el vigor de la creación de empleos y la estabilidad de los precios eran considerados como triunfos mayores, que debía desembocar en un crecimiento económico sostenido” .

Esta “sorpresa” experimentada con respecto al comportamiento cíclico no puede entenderse más que por un efecto de auto persuasión de los numerosos comentaristas de la economía. El pasaje al euro y las promesas de la “nueva economía” contribuyeron a crear un clima de euforia y a difundir la creencia en un crecimiento sostenido y regular. También es lo que explica el rol, sin duda desproporcionado que le atribuyen al conflicto del 11 de septiembre, como si fuera absolutamente necesario invocar a una perturbación exterior.

### **Nueva coyuntura, nuevo período.**

El viraje coyuntural hace estallar, entonces las contradicciones que, en parte, la calma momentánea había borrado, y que, particularmente, termina de destacar la paradoja alemana. Alemania había aprovechado relativamente poco la reactivación entre 1997 y 2000, pero hoy es el estancamiento de la economía alemana lo que contribuye a ennegrecer la coyuntura de toda Europa. La demanda interna alcanzaba a comienzos de 2002 un nivel apenas superior al de comienzos de 1999, comparando con la progresión de 9% registrada en los países que han sabido aprovechar mejor el mejoramiento coyuntural: Bélgica, Francia, Italia, los Países Bajos y España. Sin embargo, no hace mucho tiempo, los “soberanistas” mencionaban una Europa alemana, una suerte de zona marco extendida apenas, en donde el Banco Central Europeo (BCE) no haría otra cosa que retomar las reglas apremiantes del Bundesbank.

En realidad, el retroceso de la hegemonía alemana ya estaba ampliamente iniciado con la reunificación que habría hecho fundir una parte de su base material, dicho de otro modo, su excedente comercial. Es incluso este debilitamiento relativo lo que le ha permitido integrar la zona euro a los países que denominaron con desprecio el “club Mediterráneo” (Italia, España, Portugal y Grecia) a partir de su colocación. Hoy, Alemania es la primera que ha caído en la trampa, por la lógica monetarista que ha contribuido a imponer al conjunto de Europa. Su tasa de cambio fue fijada para la eternidad a un nivel demasiado elevado y, a falta de poder jugar con esta variable, está obligada a frenar su economía y cuestionar su modelo social, con la esperanza de ajustar sus costos reales. Esta lógica de competitividad a cualquier precio extiende el clima de casi recesión a todos los países vecinos para los que Alemania es un cliente importante. The Economist recientemente se ha divertido al aplicar en Alemania los criterios alegados por el gobierno inglés para no plantear su candidatura al euro . Llega a la conclusión irónica de que Alemania tendría toda la razón del mundo para salir del euro.

El caso alemán es revelador del acta que está por hacerse en todos lados. El Pacto de estabilidad es directamente "estúpido", retomando la caracterización de un concededor, que no es otro que el Presidente de la Comisión, Romano Prodi. Adoptado en un período favorable, el Pacto no resiste a su primer viraje coyuntural. Las razones de su estupidez, por otra parte, son bien conocidas: el Pacto obliga a los países a hacer esfuerzos suplementarios de reequilibrio presupuestario incluso en caso de retroceso coyuntural, cuando por el contrario, sería necesario dejar al presupuesto jugar un rol de sostén de la demanda. Los esfuerzos actuales de la Comisión apuntan a definir de una manera diferente los objetivos presupuestarios de forma de eliminar el componente coyuntural. Pero se trata más de salvar las apariencias que de cambiar la lógica profunda del Pacto.

Un reciente informe del Parlamento Europeo confirma que el dogma permanece intacto. En él "Se lamenta que ciertos estados miembros hayan roto el Pacto de Estabilidad de Crecimiento (PEC) en 2002, lo que arriesga socavar la credibilidad de la zona euro, y, por lo tanto, la eficacia de la política monetaria" y demanda a la Comisión "continuar aplicando el PEC de manera inteligente y flexible" . Otro informe "le pide a los estados miembros que conserven sus posiciones presupuestarias cercanas al equilibrio o excedentarias sobre todo el ciclo coyuntural o, cuando este objetivo no es alcanzado, que tomen todas las medidas necesarias para asegurar un mejoramiento anual de la posición presupuestaria corregida de las variaciones coyunturales de al menos 0,5% del PBI" .

La gestión de la política económica y monetaria se choca también con la divergencia de trayectorias y de resultados. Imaginemos el siguiente caso hipotético, en el que se acercan poco a poco, en el que un cierto número de países tendrían una inflación de 4% y otros se aproximarían a la deflación, con una inflación casi nula. El Banco Central Europeo supuestamente tiene que tener un objetivo medio de 2% de inflación: por encima, considera que debe apretar los tornillos aumentando las tasas de interés. La contradicción, entonces, es la siguiente: la tasa de interés que sería necesaria para atemperar el supuesto "recalentamiento", por ejemplo, en Irlanda o en España conduciría a tasas de interés reales muy elevadas en los países con débil inflación, por ejemplo, Alemania, frenando así a las economías ya al borde de la recesión. Antes del euro, se podía jugar simultáneamente sobre las diferencias de tasas de interés de un país al otro y hacer deslizar un poco las tasas de cambio, pero esto es imposible a partir de ahora.

Una moneda única no supone forzosamente una homogeneidad absoluta del conjunto de la zona monetaria así constituida, pero implica un presupuesto que realice las perecuaciones y las transferencias, de manera de permitir coexistencia en el seno de una misma entidad de regiones con resultados económicos diferenciados. Esto es lo que ocurre, de manera invisible, en el seno de cada estado. La zona euro queda en el medio del vado: se priva de herramientas de ajuste (tasa de cambio y de interés) sin colocarse de nuevo en ella. Esta situación tiene por efecto endurecer todas las contradicciones.

La única variable de ajuste que queda entonces es el salario, y esta es, sin duda, la real función del euro: servir de palanca para generalizar la austeridad salarial, y extenderla a los elementos de salario socializado (protección social, jubilaciones, servicios públicos). El problema es que estas políticas tienen como efecto tirar el crecimiento hacia abajo. La contradicción fue bien resumida por Guillaume Duval en el caso alemán : "Parece difícil aflojar la fuente principal de esta débil demanda interna: el rigor salarial" en razón del costo salarial elevado que pone en peligro la famosa competitividad, tanto más cuanto el euro sube. Dicho sea de paso, hay un poco de dificultad para comprender como Alemania ha logrado obtener en 2002 un excedente considerable de 126 mil millones de euros, o sea, un 6% del PBI. Pero se ve bien el círculo vicioso en el que se encierra la Europa neoliberal. El sueño sería una reactivación sin inflación y sobre todo, sin presión salarial: pero como esto es evidentemente imposible, simplemente un crecimiento más rápido que la media tiene como contrapartida un pequeño suplemento de inflación y una mejor firmeza de los salarios. En esto no hay nada de malsano en absoluto, pero el dogma neoliberal dice, en el fondo, que vale más romper el crecimiento que arriesgarse a un mejoramiento de la situación de los asalariados.

Si no se tratara más que de congelar los salarios en provecho de los ingresos financieros, tal orientación sería perfecta para la burguesía. El problema es que Europa no es la única en el mundo y que este conjunto poco dinámico deja dos enormes cuestiones sin solución. La primera es la de la especialización industrial. Si el término política industrial es evidentemente tabú a nivel europeo, las elecciones de política económica tienen implicancias en el modo de especialización. Allí también, la Unión Europea no ha elegido, y se da dos objetivos abiertamente contradictorios. Por un lado, quiere flexibilizar el mercado de trabajo para llegar a un costo de trabajo competitivo. Por otro, hace grandes discursos sobre la economía del saber, las nuevas tecnologías, etc. Entonces, arriesga perder en todos los terrenos, y hacerse tomar con pinzas entre Estados Unidos (que ha reconstituido su avance tecnológico) y los países emergentes con salarios verdaderamente bajos y, aún en sus sueños más locos, no puede esperar competir en ese terreno .

## **Cuadro 2. Crecimiento anual de la productividad**

	1960-1980	1980-1995	1995-2003
Europa	3,9 %	2,0 %	1,1 %
Estados Unidos	1,6 %	1,2 %	1,8 %

Fuente: *Perspectivas económicas de la OCDE.*

El período 1995 - 2003 conduce desde este punto de vista, a una inversión de las evoluciones relativas de Europa y EEUU desde el punto de vista de la productividad del trabajo (cuadro 2). Hasta aquí, esta progresaba más rápidamente en Europa, a pesar de una disminución general. En los últimos años, la disminución se ha acentuado mientras que la "nueva economía" estimulaba la productividad del trabajo en EEUU. Si esta configuración se prolongara, Europa se vería obligada a compensar este retraso creciente en materia de productividad con un suplemento de austeridad salarial, y esta presión será tanto más fuerte cuanto que la baja del dólar también va a mejorar la competitividad estadounidense. Volvemos a encontrar entonces, el segundo gran factor de indecisión, a saber, la tasa de cambio.

## **El euro y el dólar**

El euro recobró su curso de lanzamiento después de haber perdido hasta el 30% de su valor en relación al dólar. Este restablecimiento, ¿es, por otra parte, una buena noticia? Para los monemaníacos de la moneda fuerte, esto va de suyo, ya que esta buena ubicación del euro ofrece una protección contra las tensiones inflacionistas importadas. Pero si se toma un poco de distancia, se percibe que la situación es muy incierta.

Una moneda fuerte no implica, sin embargo, una economía fuerte. La subida del euro hoy va a la par de una desaceleración de la economía europea que flirtea con la recesión. Esto no es lo que nos habían prometido. Todos los esfuerzos consentidos para la realización del euro - y el débil crecimiento que iba con esto - estaban justificados por los beneficios descontados de la moneda única. Gracias a ella, finalmente sería posible llevar adelante una verdadera política macroeconómica europea, que permitiría reconciliar el crecimiento con el empleo. Ahora bien, paradójicamente, la reactivación entre 1997 y 2001 era, en gran parte, el fruto de la baja del euro. Todo ocurrió entonces como si se hubiera aplicado esta política de "devaluación competitiva" a nivel europeo, denunciada como una aberración para cada uno de los países miembros.

El informe Blokland, ya citado, "felicita la apreciación del euro en relación con el dólar pero previene que la acentuación de esta tendencia no debe poner en peligro las exportaciones". Resume el rol ambivalente de la tasa de cambio y puntualiza así uno de los agujeros negros de la unión monetaria. Desde su nacimiento, hace poco más de cuatro años, el euro ha variado entre 0,83 y 1,19 dólares: ¿en dónde se sitúa el nivel deseable? El Banco Central Europeo clava la mirada en la línea del 2% de inflación, pero, por increíble que pueda parecer, nadie sabe cuál es su objetivo de cambio. El mismo informe demanda un "vasto estudio" sobre el curso del euro y confirma así que el Banco Central Europeo no parece interesarse espontáneamente en esta

cuestión. Este pequeño detalle no fue abordado, en todo caso, en ninguno de los Tratados de fundación. Esta ignorancia afirmada, inclusive reivindicada, nos confirma nuestro análisis sobre el euro: no es un instrumento concebido para sostener una política económica mejor coordinada y más favorable al empleo. Se trata, en esencia, de una herramienta de policía económica que apunta a hacer presión sobre los salarios y el presupuesto social. En todo caso, si se quisiera hacer de él una verdadera moneda internacional, capaz de competir con el dólar, sería necesaria otra política coherente en materia de cambio y de interés. En otras palabras, sería necesario sostener un discurso europeo autónomo en relación con las exhortaciones monetarias (y otras) de Estados Unidos.

A estas contradicciones internas, se agrega la presión ejercida sobre el Euroland por la nueva política de Estados Unidos. Esta apunta a preservar el crecimiento de su economía, a riesgo de trasladar sobre el resto del mundo las presiones recesivas. La importancia de su déficit comercial (alrededor de un tercio del PBI francés) lo condujo a adoptar con respecto al euro la política llevada adelante desde hace quince años frente al yen, que consiste en mantenerlo a un nivel elevado. Al organizar la baja de su moneda, Estados Unidos busca así reducir su déficit volviendo a ganar partes de mercado. Esto es muy arriesgado, por cierto, solo por la baja de las tasas de interés que podría disuadir la afluencia de capitales, indispensables no obstante para el financiamiento del déficit, pero esto muestra hasta qué punto la economía europea es dependiente de las orientaciones de la potencia imperial.

### **La arriesgada aceleración neoliberal**

Frente a todas estas contradicciones, la burguesía europea no tiene más que una salida: es una arriesgada aceleración del proceso de aplicación de los dogmas neoliberales. Esta obstinación es particularmente marcada en el terreno del empleo, en donde la Comisión sostiene un discurso a toda prueba: si el empleo mejora, esto prueba que las "reformas estructurales" (traducido: precariedad y flexibilidad del trabajo) comienzan a dar sus frutos. Y si la coyuntura se invierte, es que aún no se ha ido demasiado lejos en el camino de estas "reformas". La cumbre de Barcelona de 2002 ha hecho aparecer bien el rol de coordinación de Europa, ya que la declaración final programa un aumento de cinco años de la edad efectiva de partida a la jubilación y la apertura a la competencia de los sectores de la energía. Si se ponen en toda su extensión el conjunto de estos anuncios, se percibe que se trata de una empresa sistemática de "desmontaje" del estado social.

Incluso se puede adelantar que esta salida se deduce casi lógicamente de dos exhortaciones contradictorias en materia de política presupuestaria: es necesario, a la vez, bajar los impuestos por razones bastante confusas de atracción o de competitividad, y reducir el déficit presupuestario. Esto no puede ser compatible, evidentemente, más que si se logran reducir los gastos, y entre los primeros, los gastos sociales. Es sorprendente constatar que son los dos grandes países más alejados del modelo anglosajón los que se han mostrado más resueltos en la materia, como si en el fondo se tratara de desembarazarse de una desventaja insoportable. Esta política es socialmente indefendible, pero quizás puede ser totalmente imbécil, cuando se reducen los presupuestos consagrados a la investigación que, no obstante (incluso y sobre todo en Estados Unidos) son inversiones muy rentables a mediano plazo en materia de competitividad.

Todo sucede como si la socialdemocracia se ofreciera como víctima expiatoria de la modernización. Era mayoritaria en Europa no hace mucho tiempo atrás, pero, en lugar de redefinir una orientación diferente, ha buscado ser más liberal que los liberales, a riesgo de perder el poder después de haber trabajado bien el terreno. Blair es el mejor dirigente burgués que uno pueda soñar, salvo quizás si buscaba reparar un poco los desastres provocados por la privatización y la reducción del presupuesto público. En cuanto a Schröder y sus aliados verdes, han lanzado la Agenda 2010 que se parece como dos gotas de agua al programa de Raffarin.

Sin embargo, se podrían imaginar elementos de coherencia alrededor de algunos principios de inspiración keynesiana: recentración en la demanda interna, presupuesto federal que permita transferencias y armonización, política activa de cambio con respecto a Estados Unidos, etc. Algunos incluso han creído descubrir en el programa de Berlusconi para la presidencia europea un regreso a Keynes, porque menciona "un apoyo más eficaz de la economía gracias a la intensificación de las inversiones públicas" y da prioridad a proyectos de grandes obras, sobre todo en materia de transportes. Liem Hoang - Ngoc, un socialdemócrata de izquierda, toma sus deseos por realidades cuando declara en Le Monde que "el regreso a una cierta forma de intervencionismo es obligatorio". Esto es olvidar que hace diez años, en una coyuntura comparable, Jacques Delors había publicado un Libro blanco que también anunciaba grandes obras en las autopistas de la información, y millones de empleos.

Por otra parte, Berlusconi pone mucho cuidado en recordar el dogma, al afirmar, por ejemplo que la "modernización del mercado de trabajo" es "el único medio de garantizar el pleno empleo a los ciudadanos". Se habla de "promover el espíritu de empresa" y "de asegurar en el futuro la viabilidad de los regímenes de jubilaciones", aún cuando Berlusconi se cuida de retomar aquí su slogan de "Maastricht de las jubilaciones". Finalmente, lo más curioso es que, entre los proyectos prioritarios citados por la comisaria europea encargada de los transportes, se encuentra la unión ferroviaria Lyon - Turín o el tunel de Brenner que tienen necesidad, según ella, de un "nuevo impulso". Para Berlusconi, los negocios continúan, y ¿por qué no aprovecharía sus seis meses de presidencia para abrir algunos talleres?

En el fondo, hay que entender bien que un compromiso "keynesiano" está absolutamente fuera de alcance, por varias razones estructurales: los grandes grupos no tienen un horizonte europeo específico, la alianza entre capitalistas y rentistas no sufre ninguna presión social de conjunto, y los instrumentos mismos de una verdadera coordinación no existen. Sería necesario un nuevo ascenso de las luchas sociales suficientemente ofensivo para que este escenario sea nuevamente tomado en consideración.

Las contradicciones económicas y sociales que acabamos de mencionar son durables y van a tender a exacerbar las tensiones intra europeas. La guerra de Irak permitió constatar las grandes diferenciaciones que pueden existir a nivel político y diplomático. Aun cuando es peligroso establecer paralelos simplistas, es necesario señalar una suerte de lógica: entre los principales miembros de la coalición intervencionista (Reino Unido, España, Italia) y los opositores (Francia, Alemania, Bélgica), se vuelve a encontrar más o menos la distinción entre un capitalismo "renano" todavía más bien social y "anglosajón" más abiertamente neoliberal. Pero esta oposición, como ya lo hemos visto, se suprimirá y uno de los escenarios posibles sería una rehomogeneización europea bajo la férula norteamericana. Únicamente la reelección de Schröder sobre una base anti guerra ha diferido este plazo.

Los pobres resultados del debate de la Convención muestran bien la incapacidad de la burguesía para efectuar un salto cualitativo que permitiría decir que el proyecto de constitución marca el esbozo del nacimiento de una nación europea. Este texto se limita a codificar la preminencia del mercado sobre cualquier otro principio de organización social. Los derechos sociales son definidos allí con rebaja y según fórmulas que toleran implícitamente su no respeto en algunos estados miembros. Esto será por otra parte, una de las apuestas de la expansión de saber hasta qué punto el respeto de estos derechos requerirá nuevos adherentes que entienden bien aprovecharse de esta forma de atracción.

Al programa burgués le falta, entonces, coherencia. Su núcleo duro es muy sólido y muy compartido: en tanto se trate de "reformular" o de "modernizar" (los mercados de trabajo, los servicios públicos, la protección social, las jubilaciones o el estado), todas las burguesías están llenas de entusiasmo europeo. Pero a partir de que se hable de válvula social, por el contrario, tienen interés en mantener una situación estallada, caótica, que es la condición del alineamiento por abajo. El proyecto burgués no es federalista más que para las finanzas, y la actual constitución híbrida le conviene finalmente bastante bien, con el alejamiento de los lugares de decisión de todo control social, y sobre todo, de una jerarquía institucional diferenciada. La

burguesía necesita, a la vez, un marco muy rígido para la moneda y los presupuestos, y una flexibilización máxima de todas las relaciones sociales.

"El problema de la derecha hoy, es que no hay nada entre el gobierno y los trotskistas" : se podría fácilmente extender esta ocurrencia a escala europea. Lo que sorprende, en efecto, es la desaparición de una alternativa burguesa socialdemócrata en Europa: no queda más que una alternancia puramente funcional. Por su parte, la radicalización ultra liberal es la única salida burguesa a las contradicciones, a las faltas, y a la ausencia de legitimidad de la construcción europea que realmente existe. En estas condiciones, únicamente una opción radical es susceptible de hacer renacer una verdadera alternativa, a partir de la resistencia a la ofensiva neoliberal.